



XXIII

HABÍA, señores diputados, había un gran sentimiento ofendido con razón: había un gran sentimiento rebajado por vuestras ideas políticas, y era un sentimiento muy vivo, señores diputados, era el amor patrio. El amor á la patria está unido al sepulcro de nuestros mayores; el amor á la patria está unido al hogar donde vimos con la primera luz la primera sonrisa de nuestra madre; el amor á la patria está unido á todos los lugares, á todos los sitios consagrados por los recuerdos, por las ilusiones, por las primeras esperanzas; el amor á la patria está unido á nuestra familia, porque en este suelo se ha criado y ha crecido bajo las celestes alas de ese puro horizonte; el amor á

la patria está unido á nuestro espíritu, porque no podemos expresar las ideas más que en la lengua de nuestros padres; el amor á la patria está unido á nuestro culto, á las artes, porque sólo nos suenan bien aquellos poetas nacionales que oíamos leer en nuestro hogar; el amor á la patria está unido al sentimiento de la inmortalidad, porque deseamos que nuestros huesos descansen en esta tierra mejor que en tierra extranjera, aunque estén solitarios y no tengan ni más epitafio que la hierba de los campos, ni más llanto que el rocío del cielo; el amor á la patria está confundido con todos los amores de nuestra existencia.

Y cuando la patria es la nación española, esta nación celosa de su independencia y de su libertad; esta nación que ha visto con horror el nombre de Sagunto sustituido por un nombre extranjero; esta nación que peleó tres siglos con los romanos y siete siglos con los árabes; esta nación que venció á Carlo-Magno, el mayor guerrero de la Edad Media, en Roncesvalles; á Francisco I, el gran guerrero del Renacimiento, en Pavía, y á Napoleón, el gran capitán de los tiempos

modernos, en Bailén y en Talavera; esta nación, cuya gloria no cabe en los espacios, cuyo genio tuvo, como Dios, fuerza creadora para lanzar un nuevo mundo, una nueva tierra en la soledad del Océano; esta nación que cuando iba en su carro de guerra veía tras sí á los Reyes de Francia, á los Emperadores de Alemania y á los Duques de Milán seguir humildes sus estandartes; esta nación de la cual eran alabarderos y nada más que alabarderos, maceros y nada más que maceros, los pobres, los oscuros, los hambrientos duques de Saboya, los fundadores de la dinastía... (*Grandes aplausos. Extraordinaria animación en toda la Cámara.*)

(*El presidente, Olózaga, interrumpe al orador y se entabla una discusión sobre el derecho del diputado á exponer sus ideas, y la amenaza del presidente á retirarle la palabra después de tres llamadas al orden. La tenacidad de Castelar por completar su pensamiento, todavía logró decir lo siguiente:*)

Yo no creo haber faltado en nada á la Constitución; yo me refería á la historia, y hasta en los tiempos de Nerón, hasta en los tiempos de Calígula, ha sido libre la historia;

y si no lo hubiera sido no escribieran las abominaciones de los tiranos Tácito y Gue-tonio. Yo decía una verdad; yo decía que Filiberto de Saboya; yo decía que Carlos Manuel de Saboya; yo decía que los duques de Saboya seguían hambrientos y pobres al carro triunfal de nuestros mayores.

(Del discurso pronunciado en el Congreso el día 20 de Abril de 1871, juzgando la política general del Gobierno con motivo del acta de Balaguer.)



XXIV

Y para curar estos males de nuestra Administración, íbamos á buscar remedio á Italia.

Yo soy justo. Italia nos gana en sentido estético, nos gana en artes plásticas, nos gana hasta en sentido científico, porque nosotros desgraciadamente no hemos tenido ni un Galileo, ni un Volta, ni un Galvani; pero en sentido moral ni ahora ni nunca nos ha ganado Italia. La escuadra surcaba con rumbo á las playas italianas el Mediterráneo, el mar que en cada ola guarda un recuerdo gloriosísimo de las hazañas españolas. Pero no iba como la escuadra de Pedro III á ganar batallas en Nicotena y en Catania, á libertar á Palermo de los angevi-